

LA PUERTA MÁGICA



LA PUERTA MÁGICA



En una tarde tranquila, Alba y Martín, dos curiosos hermanos jieneses, buscaban entre las cosas antiguas de su abuelo mientras su padre había salido un momento.

Entre fotos antiguas, medallas y otros recuerdos encontraron una pequeña caja de metal, cubierta de polvo.

—¿La abrimos? —preguntó Martín.

Alba asintió. Dentro había una llave antigua y un lápiz oscuro, muy gastado. En la tapa, casi borradas, se leían unas palabras:

Dibujar para abrir Castillos.
Pintar para recorrer Batallas.

Los dos se miraron.

—¿Y si es verdad? —susurró Alba.

Martín ya estaba sonriendo.

—Vamos a probar.



Subieron corriendo a su cuarto.

Martín dibujó una puerta en la pared. Alba añadió la cerradura. Y entonces ocurrió.

La puerta y la cerradura comenzaron a brillar.

—No puede ser. —dijo Alba.

Alba cogió la llave, la encajó y la giró despacio. Y la puerta dibujada se abrió.

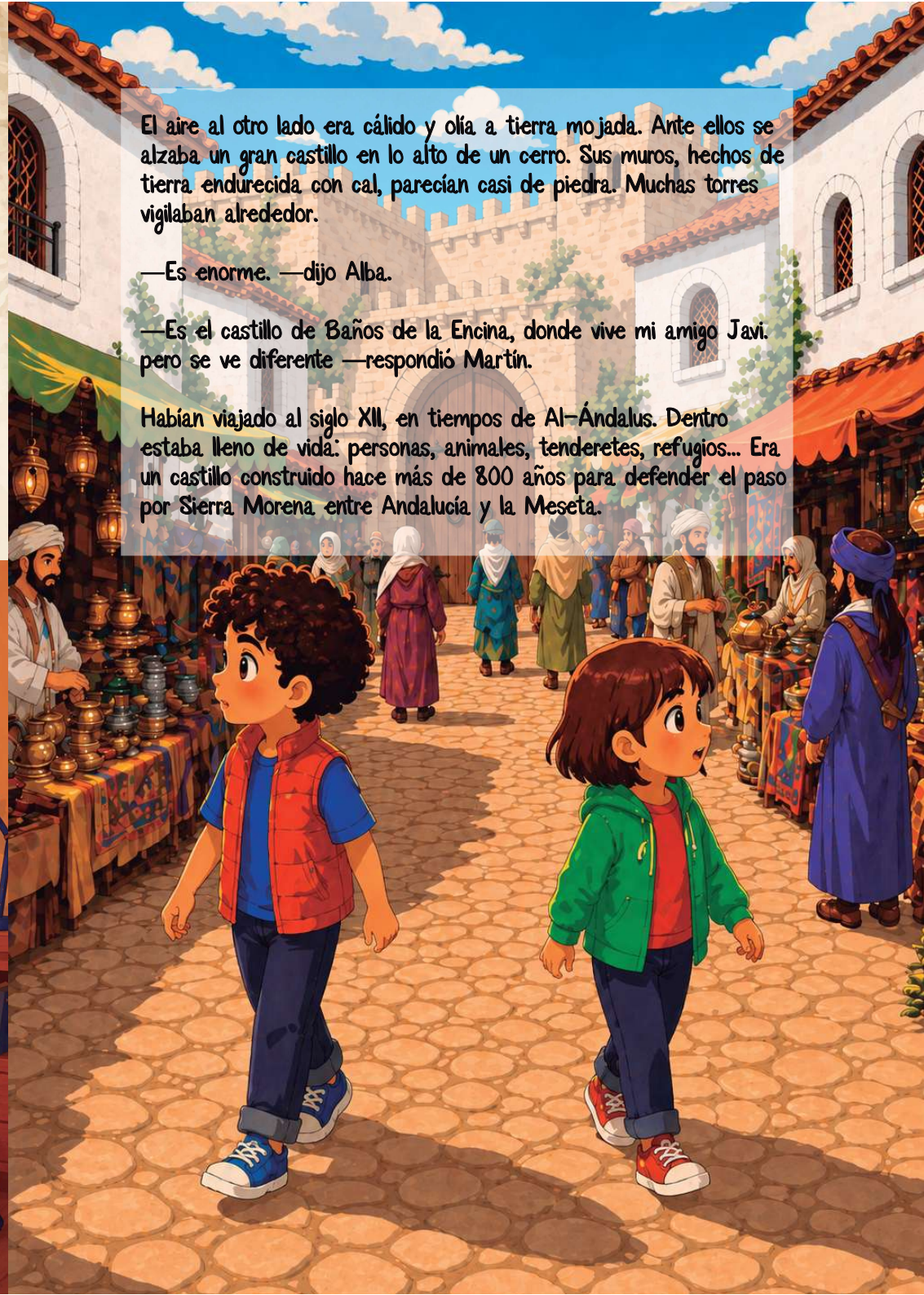


El aire al otro lado era cálido y olía a tierra mojada. Ante ellos se alzaba un gran castillo en lo alto de un cerro. Sus muros, hechos de tierra endurecida con cal, parecían casi de piedra. Muchas torres vigilaban alrededor.

—Es enorme. —dijo Alba.

—Es el castillo de Baños de la Encina, donde vive mi amigo Javi. pero se ve diferente —respondió Martín.

Habían viajado al siglo XII, en tiempos de Al-Ándalus. Dentro estaba lleno de vida: personas, animales, tenderetes, refugios... Era un castillo construido hace más de 800 años para defender el paso por Sierra Morena entre Andalucía y la Meseta.



Un sabio se acercó.

—Este lugar nos protege. pero también enseña.

Les mostró cómo algunos niños aprendían a mirar el cielo gracias a la astronomía.

—Las estrellas ayudan a orientarse —explicó—. Si sabes observar, nunca estás perdido.

Alba quedó fascinada.

Pero, un grito desde la muralla rompió la calma.

—Debéis marcharos —dijo el serio el sabio.

Sin dudarlo, dibujaron otra puerta, metieron la llave. y cruzaron.



Aparecieron en un campo rodeado de montañas. El viento arrastraba polvo. Se oían tambores. A lo lejos se veían cientos de banderas ondeando. Habían llegado al año 1212.

—Creo que estamos en la Batalla de las Navas de Tolosa. Aquí se enfrentaron musulmanes y cristianos por el control de estas tierras —dijo Alba en voz baja.

En ese momento, un pastor se les acercó.

—¡Pero zagales! ¿Qué hacéis aquí?

El pastor los guió por un sendero estrecho, casi escondido entre las rocas, como si pocos lo hubieran visto.

—A veces, conocer el terreno cambia el destino —les explicó.



Desde el final del camino se veían a dos grandes ejércitos preparándose: cientos de jinetes, arqueros, soldados.

—En esta batalla va a cambiar nuestra historia —les dijo el pastor.

Los caballos empezaron a galopar y el suelo a temblar.

—Alba, tenemos que irnos —dijo Martín.

Se agachó, dibujó una puerta en la tierra y, justo antes de que el choque comenzara, desaparecieron.



Al atravesar la puerta aparecieron en una estancia amplia, con olor a paja, cuero y piedra húmeda.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alba.

Martín miró a su alrededor. En un lado había monturas, cubos y sacos apilados. Al otro, varios caballos resoplaban y golpeaban el suelo con las pezuñas.

—Parece una caballeriza —dijo.

En ese momento entró un caballero con manto blanco y una cruz oscura sobre el pecho.

—¿Quiénes sois? ¿Y cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó con voz seria.

—Solo estábamos explorando —dijo Martín.

El caballero los observó un instante.

—Estáis en el castillo de Alcaudete, castillo de la Orden de Calatrava, una orden militar de monjes y guerreros para defender el Reino de Castilla..

Alba lo miró con curiosidad.

—¿Eres un caballero calatravo?

—Así es —respondió él—. En Jaén hay fortalezas muy importantes, y en muchas de ellas hay calatravos vigilando la frontera.



Alba y Martín salieron con él al patio. Desde allí vieron muros altos, torres y soldados que iban y venían con prisa.

—¿Siempre tenéis que estar preparados? —preguntó Alba.

—Siempre —dijo el caballero—. Esa es nuestra obligación.

En ese momento un soldado llegó corriendo.

—Señor, os llaman al cuerpo de guardia. Después debéis acudir a la Sala Capitular.

El caballero asintió enseguida.

—Voy ahora mismo.

Luego miró a Alba y Martín.

—Vosotros quedaos aquí y no os mováis.

Y se alejó a paso rápido entre los muros del castillo. Alba esperó un momento.

—Creo que nosotros también deberíamos irnos.

Martín ya tenía el lápiz en la mano.

—Sí. Mejor.

Martín dibujó una puerta en el muro de piedra. Alba giró la llave y los dos la cruzaron en silencio, antes de que nadie pudiera verlos.





Llegaron a una enorme fortaleza medieval.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alba.

Un joven aprendiz de cetrería les explicó:

—Estáis en la Fortaleza de la Mota, en Alcalá la Real. La llaman la llave de Castilla por su posición estratégica en la frontera entre la Granada musulmana y la Castilla católica. Venid, os la enseñaré.

Juntos recorrieron las murallas y torres.

Cruzaron varias puertas, una tras otra, como si cada paso estuviera pensado para detener a los enemigos.

—Aquí nada está al azar —explicó el joven—. Todo está hecho para defender.

Martin golpeó el suelo con el pie.

—¿Y debajo? —preguntó.





El joven bajó la voz.

—También hay túneles. Vigilamos por arriba. y por debajo.

En ese momento, un halcón se posó sobre el brazo del joven.

—Algo se aproxima. Debéis ir a un lugar más seguro.

Alba sonrió y dijo.

—Tranquilo, sabemos salir de aquí.

Martin dibujó una puerta y, un instante después, los dos atravesaron la pared.



Al otro lado estaba el siglo XV. Esta vez estaban en la torre más alta de un castillo.

El aire soplaba fresco y se veían montañas, bosques...

—¿Aquí no es donde estuvimos en verano? —dijo Alba.

Martín miró alrededor y enseguida lo reconoció.

—¡Claro! Estamos en el castillo de Segura de la Sierra.

Un caballero que lucía una cruz roja les explicó:

—¡Bienvenidos! Estáis en la residencia del Gran Maestro de la Orden de Santiago, que estuvo a cargo de la familia del insigne poeta y guerrero Jorge Manrique. Desde aquí controlamos caminos y territorios. Pero no sería posible sin aquello: Son aljibes, donde guardamos el agua. Sin ella no podríamos resistir.



Alba se asomó con curiosidad.

—Aquí el agua es tan importante como las murallas — dijo el caballero.

—¡Dong! ¡Dong!—

Una campana empezó a repicar rápidamente.

Martin se sobresaltó.

El caballero, preocupado, les dijo:

—¡Rápido! Debéis poneros a salvo. Recorred este pasillo y llegaréis a un refugio.

Alba negó con la cabeza.

—No se preocupe. Tenemos una solución mejor.

Sacó el lápiz, dibujó una puerta y Martin la abrió de inmediato.

Los dos la cruzaron rápidamente.



Esta vez todo era diferente. Estaban en el Renacimiento, en Sabiote.

—¡Guau, qué bonito! —exclamó Martín.

Alba miró a su alrededor, sorprendida.

—¿Estamos en un castillo o en un palacio?

Una mujer noble se les acercó y les explicó:

—Ahora los castillos reflejan tanto poder como belleza. La autoridad ya no solo se consigue con armas. Los mejores arquitectos, como Andrés de Vandelvira en este caso, son tan valorados como los soldados más valientes.



Había escudos, decoraciones esculpidas, columnas. y una música suave sonaba de fondo.

Durante un instante, todo pareció tranquilo. Demasiado tranquilo.

Entonces un ruido rompió la calma. Voces. Trote de caballos.

Alba frunció el ceño. Martín dio un paso atrás.

A los dos les dio mala espina la situación.

Sin esperar más, dibujaron otra puerta y escaparon.



Aparecieron junto a unos olivos. El calor era intenso. Se escuchaban cánticos en francés.

Habían viajado hasta 1808, en plena Guerra de la Independencia.

—¡Mira! Allí se ven tropas españolas —dijo Martín, señalando hacia un lado.

—Y allí, un ejército francés —le contestó Alba, señalando hacia el otro.

Los dos abrieron mucho los ojos.

—¡Estamos en la Batalla de Bailén! —exclamaron a la vez — ¡Aquí Napoleón sufrió su primera derrota importante a manos de los españoles!

Sonaban cañonazos, generales dando órdenes, soldados gritando.



Un general se les acercó.

—¡Vamos a por ellos! Y recordad: resistir puede cambiar la historia.

El suelo temblaba y el polvo era cada vez más intenso.

Alba miró a Martín. Martín ya tenía el lápiz preparado.

—¡Vámonos! —dijo ella.

Martín dibujó la puerta en el tronco de un olivo, Alba metió la llave y saltaron al otro lado.



Llenos de polvo, aparecieron en su cuarto.

Todo parecía igual, en calma. Bajaron al salón para asegurarse. Todo estaba en orden.

En ese momento, la puerta de casa se abrió y su padre entró.

—¡Ya estoy aquí!

Los dos hermanos fueron corriendo a recibirlo, sin dejarle tiempo ni a entrar.

Lo abrazaron.

Pero enseguida empezaron a ver y escuchar algo raro y, a la vez, familiar.





Se asomaron a la calle y entre la gente paseaban caballeros con armaduras, mujeres con vestidos de otra época, soldados franceses.

Martin aún llevaba el lápiz en la mano y Alba sujetaba la llave.

Se miraron.

Y entonces gritaron a la vez:

—¡Las puertas! ¡Se han quedado abiertas!

En ese instante lo comprendieron todo: la historia no se había quedado atrás, gracias a Castillos y Batallas del Reino de J  en, había vuelto con ellos y podían aprender de ella.



